

ΑΛΗΘΕΥΟΝΤΕΣ ΕΝ ΑΓΑΠΗ

La Verdad factor clave
en la vida del Cristiano

Francisco de B. Medina S. I.

Nadie puede negarlo, aunque estemos ya hastiados de oírlo. El mundo, es decir, los hombres, padecemos una de las grandes crisis de la Historia. Un conjunto de síntomas, de no difícil interpretación, muestra claramente que nos encontramos bajo el signo del confusionismo: confusión en lo religioso, en lo moral, en lo cívico; confusión en las ideas y en la acción, fruto de esas ideas. Penumbra, oscuridad, espejismos del error que sugestionan y arrastran. Clima viciado donde se desenvuelve hoy la inteligencia del hombre. Y sin embargo, la inteligencia está hecha para la Verdad. No sólo para la verdad que nos ofrece la realidad tangible, presente a nuestros sentidos —ésta es incapaz de satisfacerlos—; sino para esa otra verdad superior, abierta sólo al mundo del espíritu, que es la única que puede saciar el hambre afanosa de nuestro vacío.

Hace falta, pues, una ráfaga de luz que barra las sombras y ponga de relieve, con toda su riqueza de matices, esa Verdad escondida, por desgracia, para muchos.

La luz se hizo

Pero, ¿dónde podremos encontrar esa luz? «Era la luz verdadera, la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Io 1 9). El Verbo de Dios —idea y causa ejemplar de toda la creación— ha venido a este mundo. Él es la luz verdadera. Se proyecta sobre el mundo de lo sensible y abre los horizontes insospechados de lo suprasensible. «La luz brilla en las tinieblas» (Io 1 5).

Pues, entonces, ¿por qué el hombre sigue en campo de sombras y no atina con la Verdad? «La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron» (Io 1 5); «la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Io 3 19). Es el hombre, el que no quiere abrir los ojos a esta luz divina. Le molesta...

Pero el Cristiano, sí abre sus ojos. Cristo, por el Bautismo, lo llamó de las tinieblas a su admirable luz (1 Petr 2 9). La fe ha traído la luz a su alma y le ha puesto en contacto con el Verbo de Dios: Está capacitado para

VIVIENDO LA VERDAD EN LA CARIDAD

conocer la Verdad en toda su belleza. ¿Por qué, sin embargo, no logra escapar plenamente del dominio de las tinieblas? ¿Por qué se ve muchas veces seducido por el error?

La Verdad os librerá

Un pasaje de S. Pablo nos da la clave: su infancia es la que expone al Cristiano a ser enredado en las insidias del error. Nacido a la luz y a la Verdad en el Bautismo, necesita desarrollarse, robustecerse, «*para no ser niño que fluctúa como olas inestables, zarandeado por cualquier viento de doctrina, embaucado por la trapacería de los hombres y la astucia insidiosa del error*» (Eph 4¹⁴). El remedio para no ser juguete de los hombres, es el *crecimiento progresivo* hacia lo que el Apóstol llama «*el estado de hombre perfecto*» (Eph 4¹³).

Ahora bien, esta transformación no se opera si el Cristiano no integra, como célula viva, el Cuerpo Místico de Cristo. ¿Cómo lograr esta integración activa y vital? Pablo lo sintetiza en una frase rápida, densa como las suyas: «*Viviendo la Verdad en la Caridad*» (Eph. 4¹⁵).

Vivir la Verdad

Es decir, hacer de la Verdad la dinámica de nuestra vida. El verbo griego usado aquí por San Pablo, significa, dada su índole filológica, *poseer y realizar la Verdad*.

Pero, ¿qué Verdad es ésta, capaz de exigir del hombre una entrega total?

Alezeia —vocablo de donde se deriva *alezeuo*— tiene una significación muy variada. Pero en el Nuevo Testamento, más que la veracidad en el hablar, o la pura verdad lógica, expresa predominantemente: el conjunto de realidades sobrenaturales que penetran en el mundo y en el hombre, y que Cristo vino a descubrirnos con su luz y a traernos con su acción divina y transcendente. Verdad, por tanto, de signo netamente ontológico, a la que corresponde en el Cristiano, un modo de pensar y obrar de acuerdo con esas realidades. Poseer y actuar la Verdad es, en este caso, asimilarse la reve-

lación de Cristo y convertirla en principio dinámico de la total actividad humana.

Pasión por la Verdad

Pero a la búsqueda puramente intelectual de la Verdad tiene que unirse todo el ardor de la voluntad. El conocimiento que se adquiere de un objeto estudiado con simpatía y entusiasmo, es completamente distinto del que se obtiene acercándose a él con frialdad, con indiferencia. Por eso la asimilación dinámica de la Verdad es psicológicamente imposible si no se la ama. Es necesario acercarse a la Verdad con interés, con cariño, con verdadera pasión. El hombre no puede mantenerse frío ni inactivo en presencia de la Verdad. La indiferencia inoperante impide su conocimiento integral, y por consiguiente, su posesión, su asimilación. El conocimiento de la Verdad a medias, nunca llevará a su posesión plena.

...y sobre todo esto, la Caridad

Esta disposición afectiva hacia la Verdad, no es, sin embargo, lo que constituye «*vivir en la Caridad*». Caridad —*agape*— hay que entenderla en su verdadero sentido teológico: amor, de Dios por sí mismo y sobre todas las cosas, que hace valer la fe y todas las demás virtudes, y nos injerta activamente en el Cuerpo Místico de Cristo, con intenso despliegue de todas ellas. La Caridad, movilizándolo poderosamente las energías sobrenaturales del alma, hace posible que la fe se desarrolle pujante y, con su luz, nos lleve a un conocimiento pleno y a la auténtica posesión de la Verdad; y hace que la voluntad, levantada sobre sus propios objetos naturales, ame y viva la misma Verdad.

Acción vivificante de la Caridad

La Caridad nos abre horizontes nuevos en nuestra búsqueda afanosa de la Verdad. De esa Verdad suprasensible, realidad transcendente, única capaz de apagar la sed ardiente de nuestro espíritu.

En efecto: Caridad y pecado son antagónicos, radicalmente se excluyen como luz y

tinieblas. La Verdad no puede entregarse sino al alma luminosa, purificada, vacía de pecado. Vivir la Verdad es la respuesta auténtica a nuestro llamamiento: es, caminar dignamente en la vocación de Cristianos a la que hemos sido llamados (Ef 4 1). Es encauzar toda la plena actividad del hombre —inteligencia y corazón— por sus verdaderas normas reveladas por Cristo, infinita verdad e infinita realidad.

Esto implica necesariamente, quedar incorporados en Cristo, en su Cuerpo Místico: no puede tener vida el sarmiento sino injertado en la vid (Io-15 4). Al incorporarse a Cristo, se produce un crecimiento. El Cristiano recibe de Cristo-Cabeza la savia vivificadora de la Caridad. La fe se robustece y la luz se hace cada vez mayor. El conocimiento de la Verdad se completa en extensión e intensidad, y sus nuevas virtualidades conocidas influyen ampliamente en la dinámica de la voluntad.

Así tenemos un Cristiano que está firme en su fe, apoyado en la Verdad, lleno de luz. No es el niño, juguete de los hombres y sus engaños. Es el *varón completo, maduro*, contra el que nada puede el error, porque posee la Verdad.

Función social del Cristiano

Sólo que «*vivir la Verdad en la Caridad*», entraña un sentido aún más profundo y transcendente.

El Cristiano no puede concebirse como un ser independiente, aislado. Es, por definición, un ser social: célula viva *del Cuerpo Místico*. Toda su actividad se desarrolla dentro de un organismo, donde cada órgano, cada célula desempeña su función peculiar, y ejerce su influjo en bien o en mal del conjunto. El Cristiano forma, pues, parte de un todo orgánico, por lo cual, y al mismo tiem-

po, no puede desentenderse de su función propia. Cuanto es y cuanto tiene se le ha dado «*en orden a la construcción del Cuerpo de Cristo*» (Eph 4¹²). Con conciencia plena de su integración en el Cuerpo Místico, debe sentirse vinculado y unido a la Cabeza (Cristo), al Cuerpo (Iglesia), y a cada uno de los miembros (Fieles). Esta unión hace que el Cristiano sienta, como Pablo, en lo más vivo de su ser, los males de cualquier parte del Cuerpo... Se abraza en deseos de desplegar todos los recursos de su actividad, para entregarse al servicio de todos en bien del conjunto. Es la obra de la Caridad. Porque la Caridad, por naturaleza, es difusiva, irradia hacia fuera, hacia Dios y hacia el hombre. Es amor divino con sentido pleno de servicio.

De aquí que, la actividad del Cristiano, impulsada por el fuego de la Caridad, sea irradiante y conquistadora. La Verdad que posee y vive, no puede gozarla en la intimidad de un egoísmo mal disimulado: necesita comunicarla a los demás hombres. A los que ya son células del Cristo Místico, para que se perfeccionen y crezcan, y a los que aún caminan en las tinieblas, separados de Cristo, para que reciban la luz de la fe, y conozcan y vivan la Verdad. La Caridad hace al Cristiano sentirse solidario con el Cristo Místico total.

Esto es lo que hoy necesitamos en nuestro mundo: Cristianos decididos, dispuestos a vivir en plenitud la Verdad y la Caridad. Es el único medio de superar la crisis que atravesamos. Trabajar con tenacidad, con perseverancia, a la desesperada, con sentido de urgencia, por el crecimiento y perfección del Cuerpo Místico, «*viviendo la Verdad en la Caridad*».

La concreta realización de este programa paulino, puede ser objeto de un próximo artículo.

